

EL ANTICOMUNISMO EN VENEZUELA: UNA HISTORIA DE MEDIO SIGLO (1939-1989)

Luis Cipriano Rodríguez

1. Entre las manifestaciones básicas que hoy caracterizan la contemporaneidad venezolana, destaca el Anticomunismo. Su práctica múltiple, expresada como política oficial o como actitud privada, constituye uno de los signos y factores históricos de Venezuela en el presente siglo. Por lo tanto, es una de las claves para la comprensión actual de nuestro país, ubicado en el contexto de la media centuria que transcurre entre la primera muerte de Juan Vicente Gómez y la segunda asunción de Carlos Andrés Pérez.

Signo y factor, causa y efecto, condición y proceso de los tiempos que corren, su dinámica permea tanto la mentalidad como el quehacer de casi toda la República, cual deformante diversionismo del pueblo; y su análisis corresponde no sólo a nuestra historia ideopolítica y política, sino a la de aquellos componentes sicosociales que modelan —mediante manipulaciones— los valores, creencias, temores, estereotipos, espectativas, motivaciones y prejuicios colectivos.

2. Este Anticomunismo venezolano no es, predominantemente, un cuerpo de doctrinas, ni una referencia teórica, ni una conceptualización sistematizada para explicar la vida o la historia. No es, tampoco, un conjunto de ideas o reflexiones, ni un pensamiento elaborado, ni una propuesta programática, ni una abstracción humanística. Por el contrario, representa sobre todo una manipulación ideológica, una inculcación de estereotipos, una internalización de temores y, sobre todo, una práctica concreta de la burguesía dirigida a contener, mediatizar y/o reprimir el desarrollo de ideas, movimientos y procesos transformadores de contenido revolucionario socialista. En este sentido estricto, sus especificidades apuntan exclusivamente contra el activismo de comunistas y socialistas (organizados o no en partidos, grupos y movimientos); pero en sentido amplio, se oponen también a sectores e individualidades

que, por imperativos ideológicos o de sensibilidad, asumen una comprensiva conducta ante la historia y sus opciones transformadoras.

Esta última modalidad de Anticomunismo, con su trágica rigidez e intolerancia, constituye la más grave de sus manifestaciones, ya que es la síntesis de mentalidades signadas por rancios conservatismos, opuestos a la creatividad y la crítica de quienes testimonian la grandeza humana. Es éste, en consecuencia, el más tenebroso, sórdido e insensible de los anticomunismos, subsumido en dogmas, aferrado a esquemas, adscrito a egoísmos, letalmente estancado, mineralizado, colocado de espaldas a lo que sugiere el porvenir. Su origen y naturaleza, bien pueden ostentar el sello clasista de los dominadores o la impronta impúdica de los renegados, aunque —he aquí un problema novedoso— también suele llevar la marca equívoca de quienes, desde manidas u oficiosas posiciones “dialécticas”, son hostiles al reciclaje y a la autocrítica, motivo por el cual, trágicamente aunquilosados, aférranse a lo sombrío del presente, convirtiéndose en inútiles lastres sin remedio.

Este Anticomunismo, visto desde tal perspectiva, es el que más mediatiza a sus protagonistas que desprecian los insondables pero luminosos riegos del futuro; es el que se retroafirma en individualismos, aislándose en pasividades e indiferencias, aun a despecho de sus erudiciones científicas. Bajo tales circunstancias, el menosprecio y el miedo al futuro, el exclusivismo académico y la quietud desmovilizadora, operan como dañinas prácticas contrarrevolucionarias porque, además de reproducir la inacción, excusa y conformismo de los derrotistas, frenan los procesos de autoconciencia con que la historia convoca a los pueblos para sus luchas trascendentes.

3. Ahora bien, cuando en términos de investigación histórica abordamos este medio siglo venezolano comprendido entre 1939 y 1989, cabe distinguir dos momentos concretos: uno, de 1939 a 1969, donde predominan formas de Anticomunismo policíaco asumido principalmente por el naciente Estado burgués, y otro, de 1969 a 1989, donde destaca el Anticomunismo ideológico, incluyendo el de los renegados y aunquilosados, razón por la cual este último lapso de veinte años es el más complejo, exigente y polémico para su estudio crítico.

Cabe decir también que, aun cuando en uno predomina lo policíaco y en otro lo ideológico, ambos períodos no son, sin embargo, excluyentes, en cuanto a lo represivo del primero y lo difusivo del segundo. Más bien, uno y otro contienen expresiones de ardorosas polémicas, deformantes manipulaciones, sibilinos decretos, implacables represiones, agresivas denuncias, doctrinarios sermones y tempranos oportunismos. Uno y otro presentan, a la vez, componentes tanto ideológicos como policíacos. No obstante, el primero es más “rudo”, y el segundo

más “sofisticado”, aunque la violencia resulta común a ambos. Por lo demás, ambos forman parte de un proyecto más coherente, acumulativo y continuo —un Proyecto burgués de dominación sociohistórica— para cuyo desenvolvimiento se articulan procedimientos donde la clase, la ideología y el Estado —junto con factores externos— entrelazan y refuerzan mutuamente sus prácticas con el objeto de reproducir y consolidar el ejercicio de su propio poder clasista-burgués.

4. Como cuarto elemento introductorio, cabe decir finalmente que entre 1939 y 1989, asistimos —dentro del marco de nuestra temática anticomunista— a la profundización del Anticomunismo como política oficial del Estado en Venezuela. Más allá de las acciones desarrolladas en este sentido por sectores “particulares” como la Iglesia Católica, la prensa y otros medios de comunicación social modernos, partidos políticos, grupos económicos, sectores sindicales, etc., el propio Estado venezolano define con absoluta claridad su naturaleza contraria al Comunismo. Tanto en sentido estricto como en sentido amplio, éste resulta, en absoluto, ajeno a la esencia del Estado venezolano, moderno y burgués. Así lo establecen las Constituciones Nacionales, desde la de 1936 hasta la de 1961, la primera en forma expresa; la segunda, en términos indirectos.

Tal definición anticomunista ha conformedo algunas de las líneas generales del país, y ha deformado la conciencia del pueblo masivamente considerado, convirtiéndolo en un pueblo pasivo y conservador. A ello han contribuido los prejuicios o estereotipos introyectados en su mente contra el comunismo, entendido como “totalitarismo estatista” que niega valores tradicionales y aspiraciones históricas del colectivo: libertad, sufragio, alternabilidad, patria, hogar, igualdad, propiedad, religión y moral. La ideología burguesa —o mejor: el modo como la burguesía manipula y extiende sus propios principios— ha impuesto su cultura ideopólica, su conciencia particular de clase, al resto de la sociedad. A casi toda. De modo que nos hallamos ante la presencia de un pueblo penetrado por ideas que no son las suyas sino las de sus explotadores, dominadores y opresores, quienes por lo tanto, lo desconcientizan y desmovilizan. Un pueblo que, a veces, puede involucrarse en protestas radicales como las del 27 de febrero, pero que no llega a cuestionar al sistema y definir una política propia. Un pueblo mayoritariamente disperso y anticomunista, a cuya práctica conservadora han contribuido no sólo la ideología, la mediatización, la represión y el diversionismo burgués, sino también los errores, desviaciones y algunas inconsecuencias del movimiento revolucionario en sí mismo.

Medio siglo de Anticomunismo ha contribuido, pues, a la conformación de una conciencia resignada y al condicionamiento de una prác-

tica no transformadora en casi todo el colectivo venezolano. Tales datos constituyen una de las razones por las cuales éste ha servido de soporte a los bloques de poder en Venezuela, bajo formas de Dictadura o Democracia. Democracia y Dictadura que, por lo demás, son la cara y la cruz de un mismo Estado de clase, el Estado burgués moderno, siempre autoritario, ejecutivista, neocolonial y dependiente, desde Gómez hasta Pérez.

I. Período 1939 - 1969

Años antes, entre 1928 y 1938, el Anticomunismo se había expresado mediante varios hechos significativos que van desde el Inciso 6°, artículo 32 de la Constitución de 1928 hasta las expulsiones del "Flan-dre", decretadas en 1937¹. Hacia 1939, la vida política de Venezuela tiende a estabilizarse después de los intensos sucesos vividos durante los catorce meses posteriores a la muerte del Dictador. Para entonces, bajo el gobierno de Eleazar López Contreras, hallamos nuevos hitos anticomunistas, de los cuales destacamos dos: la publicación del libro *Algunas orientaciones sobre problemas económicos venezolanos* escrito por Enrique Pérez Dupuy, y el prólogo que Rómulo Betancourt, en viaje hacia tierra chilena, redacta para su propio libro *Problemas Venezolanos*, a publicarse el año siguiente.

¿Qué importancia tienen ambas decisiones? La de coincidir en el esfuerzo del Anticomunismo criollo. El primero, desde su condición de empresario liberal, y el segundo, desde su nueva trinchera política reformista. El primero dice:

"El comunismo no tiene más finalidad que destruir vidas, haciendas, y toda institución civilizadora" . . . , por consiguiente, es . . . deber del gobierno perseguir las actividades y propagandas comunistas instituyendo en los códigos penas severas y poniéndolas en práctica con mano fuerte y sin vacilaciones" . . .².

El segundo advierte que ahora su práctica ideopolítica se distingue tanto de . . . "las mediocres panaceas del liberalismo" . . . como de

- 1 Luis Cipriano RODRIGUEZ. *Elementos para una Historia del Anticomunismo en Venezuela, 1917-1937*. Caracas, UCV, mimeo, 1986, 2 vols. También: Consuelo Escalona. *El Anticomunismo: una constante en el tiempo lopecista*. Caracas, UCV, 1986, mimeo, pp. 60-102.
- 2 Enrique PEREZ DUPUY. *Algunas orientaciones sobre problemas económicos venezolanos*. Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, 1939, pp. 36-37.

. . . "las fórmulas soviéticas"³. En consecuencia, nadie debe tener dudas acerca de su concreto perfil:

"Expuesto tan claramente mi pensamiento político —advierde con énfasis— nadie tendrá por qué ubicarme, en lo sucesivo, en filas distintas de aquellas donde ocupo sitio de combate"⁴.

Estamos, pues, ante dos polos anticomunistas: el de un conservador dedicado a los negocios, y el de un reformador adscrito a la política. Son dos extremos: la joven derecha empresaria y la joven izquierda populista. ¿Populista el joven Betancourt? En todo caso, significan los dos extremos de ese Anticomunismo venezolano. Entre ambos, ocupando los matices centristas, despuntan dos tendencias "moderadas": la gubernativa presidida por López Contreras, y la del embrionario movimiento democristiano, liderizada por el estudiante ucevista Rafael Caldera.

Estas cuatro modalidades anticomunistas, cuyos orígenes podemos ubicar en 1936⁵, se desarrollan, reformulan, reorganizan y, a veces forman alianzas burocráticas, a lo largo de todo este período, particularmente después del 23 de enero de 1958.

Si establecemos algunos cortes entre 1939 y 1969, podríamos resumir la exposición así:

a) De 1939 a 1941, predomina el Anticomunismo oficial bajo el liderazgo lopecista. Aunque tiene características militaristas y represivas, cabe distinguirla como una tendencia "centrista" pues no combate a los radicales en nombre de un retorno al gomecismo pleno, sino que plantea una propuesta transicional hacia lo demoburgués. El "Plan Trienal" y la Ley del Trabajo —aun cuando no satisfacen los intereses históricos de la clase obrera— constituyen el elemento de una apertura social que avala dicha transición, desde antes, desde 1936.

Durante todo el gobierno de López Contreras, se mantienen las bases jurídicas del Anticomunismo, sintetizadas en el Inciso 6°, artículo 32 de la Constitución de 1936 que establece:

"Se consideran contrarias a la independencia, a la forma política y a la paz social de la Nación las doctrinas comunistas y anarquistas; y los que las proclamen, propaguen y practiquen se-

3 Rómulo BETANCOURT. *Problemas Venezolanos*. Santiago de Chile, Talleres Gráficos "San Vicente", 1940, p. 4.

4 *Idem*.

5 En fase investigativa: Luis Cipriano RODRIGUEZ. *Venezuela en 1936: cuatro tendencias anticomunistas*. Caracas, UCV.

rán considerados como traidores a la Patria y castigados conforme a las leyes”.

“Podría en todo tiempo el Ejecutivo Federal, hallense o no suspendidas las garantías constitucionales, impedir la entrada al territorio de la República o expulsarlos de él, por espacio de seis meses a un año si se tratare de nacionales, o por tiempo indefinido si se tratare de extranjeros, a los individuos afiliados a cualquiera de las doctrinas antes dichas” . . . 6

Al final de su gobierno, habían regresado a tierra venezolana varios expulsados del “Flandre”. Rómulo Betancourt —quien permaneció varios años en la clandestinidad— también retorna al país después de un breve viaje a Chile, como anotamos antes.

b) De 1941 a 1945, predomina un tipo de Anticomunismo no oficial, en condiciones menos virulentas y policíacas. Sus manifestaciones se acercan a lo teórico-programático con notoria presencia de las corrientes opositoras al régimen medinista: la que ya empezaba a perfilar su condición populista (Acción Democrática) y la que comenzaba a asumir principios socialcristianos (Acción Nacional). La revista SIC, editada desde 1937 por los sacerdotes jesuitas, despunta como vocero doctrinario en dicho campo.

El Gobierno Nacional, presidido por el Gral. Isaías Medina Angarita, no reproduce la línea represiva de su predecesor. Diversos factores interno e internacionales —entre otros, la política antifascista de “los Aliados” en la Segunda Guerra Mundial— explican los acercamientos tácticos entre su régimen y sectores de militancia marxista. Sin embargo, ello no obsta para que, en ocasiones, Medina Angarita tome iniciativas contrarias al movimiento sindical, incluyendo organizaciones dirigidas por revolucionarios con quienes guardaba vínculos coyunturales 7.

El Anticomunismo de estos años —aparte del liderizado por López Contreras, sobre todo en su intento reeleccionista de 1945— es básicamente asumido por el Partido “Acción Nacional”, aunque sin repetitivas formulaciones directas. Así, en su “Manifiesto y Programa” del 19 de abril de 1942, se limita a decir que su consigna de “Unificación Nacional” es una propuesta “. . . sin morbos internos que la minen,

6 *Constitución de los Estados Unidos de Venezuela*. Caracas, Imprenta Nacional, 1936, pp. 33-34.

7 Leonardo RODRIGUEZ adelanta investigaciones en este sentido. Caracas, UCV.

sin antagonismos clasistas, sin propagandas internacionalizantes y sin dimensiones regionales. . .” 8. Y luego, sin referencia expresa al socialismo, agrega:

“ACCION NACIONAL es un movimiento de avance. Repudiamos las posiciones estáticas y el conservatismo quietista. Queremos transformaciones pero en sentido de progreso”. [. . .] “Nuestra ambición venezolana se cifra así, tanto en una preocupación férvida por la vivienda campesina y urbana, por un nivel más alto de nuestras masas proletarias” . . . “así como en un tenaz espíritu de defensa y valorización de las instituciones morales, de la regeneración cristiana y de robustecimiento de la familia, célula debilitada de la Patria y pilar indispensable de toda edificación futura” 9.

Por supuesto, el diario *La Esfera* —que desde 1936 adelanta una práctica contraria al comunismo, más radicalizada e intransigente que la emprendida por *La Religión*— continúa operando como un combativo vocero de las clases altas y capas medias más conservadoras, inscritas en la tradición del gomecismo, e involucradas en proyectos opuestos no sólo a las revoluciones estructurales sino, incluso, a las reformas moderadas cuyos lineamientos eran, por lo demás, de estratégico contenido anticomunista.

c) De 1945 a 1948 —breve pero trascendente e intenso lapso de movilizaciones populares y aperturas sociopolíticas— sigue expresándose, pero en tono menor, el Anticomunismo oficial surgido desde 1928 como política específica del Estado venezolano. Sin embargo, igual que cuando gobernaba Medina Angarita, sus manifestaciones carecían de altisonantes despliegues formales. Desde un primer momento, el nuevo gobierno cívico-militar que nace el 18 de octubre de 1945, define su propósito democrático-popular aunque con su trasfondo liberal-burgués. Por lo tanto, es un régimen alternativo ante los modelos fascistas y comunistas, pero adscrito al internacionalismo de los “Aliados” de la Segunda Guerra. En consecuencia, sus posiciones públicas no van dirigidas concretamente contra la Unión Soviética ni contra los Partidos Comunistas de Latinoamérica y Venezuela. Al menos, así puede leerse en uno de los primeros “comunicados” de la Junta provisoria, leído desde el Palacio de Miraflores la noche del 19 de octubre:

8 “Manifiesto y Programa de Acción Nacional”. *Programas políticos venezolanos de la primera mitad del siglo XX*. Compilación, introducción e índices de Naudy Suárez Figueroa. Caracas, UCAB, 1977, tomo II, p. 42.

9 *Idem*.

“En materia internacional —dice dicho comunicado— manten-
dremos relaciones permanentes con todas las naciones democráti-
cas, especialmente con los países de Latinoamérica, Estados Uni-
dos del Norte, la Inglaterra Laborista y la Unión Soviética” 10.

Esto no niega que tanto en la “provisionalidad” dirigida por Rómulo Betancourt como durante la “constitucionalidad” presidida por Rómulo Gallegos, se asumieran líneas oficiales de diferenciación frente al Partido Comunista de Venezuela y al Partido Revolucionario del Proletariado (PRP). Incluso, el gobierno galleguano llegó a reprimir algunas formas de manifestaciones populares de “aliento extremista” y Betancourt contribuyó al debilitamiento clasista del joven proletariado venezolano mediante la división de sindicatos.

No obstante, los más definidos voceros del Anticomunismo durante este Trienio fueron el Partido “COPEI” (fundado el 13 de enero de 1946 como una evolución del anterior partido “Acción Nacional”) y el “Frente Nacional Anticomunista”, dirigido por Germán Borregales, J. M. Romero de Pascuali y otros. La práctica copeyana fue, quizás, la más doctrinaria y organizada de ambas corrientes, expresándose diariamente a través de El Gráfico, así como en su semanario COPEI, en discursos parlamentarios y en su propio Programa. El punto N° 16 de éste, plantea:

“COPEI combate el comunismo como sistema contrario a la paz social y a la justicia, atentatorio a la soberanía y seguridad nacionales y enemigo de la democracia y de la civilización cristiana” 11.

Por su parte, el criterio del “Frente Nacional Anticomunista” es tan estrecho, que considera una “amenaza totalitaria” no sólo a las organizaciones “pro-soviéticas” sino a la propia “Acción Democrática”, donde Betancourt luce —según Borregales— como un “leninista consumado” capaz de pactar con Moscú. Por supuesto, ambas modalidades coinciden con el Anticomunismo del clero, en particular los jesuitas, cuyos superiores participan ardorosamente contra “la Enseñanza laica y el Estado docente” que en sus inicios “intentó promover” el régimen octubrista mediante el muy polémico Decreto N° 321.

d) De 1948 a 1958 —recaída dictatorial militarista de Venezuela con apoyo del Imperialismo petrolero, el alto clero y la oligarquía criolla recién atrincherada en Fedecámaras— el Anticomunismo sigue desa-

10 “Comunicado del Gobierno provisional a la Nación”. *Programas políticos...*, tomo II, p. 72.

11 “Programa del Partido Socialcristiano COPEI, aprobado en la III Convención Nacional” (marzo de 1948). *Ibidem*, p. 219.

rollándose a todos los niveles pero con predominio de la modalidad oficial. Para entonces, la dirección ideopolítica del Estado burgués venezolano pasa de las manos populistas de AD a las autoritarias de la Junta Militar, hecho que conduce a que las posiciones más conservadoras y represivas asuman la persecución del comunismo, en sentido lato, convirtiéndolo en una de las banderas justificatorias de su mandato. Por ello, individualidades como Gustavo Machado, Salvador de la Plaza y Rómulo Betancourt son colocadas en un mismo plano de “peligro soviético”. Sin embargo, las represiones intensas y la ruptura intrasigiente con la Unión Soviética ocurren dos o tres años después de 1948, y la política policíaca se acentúa a raíz de las combativas Elecciones de 1952, cuando sus resultados democráticos fueron desconocidos por sectores militares y civiles capitaneados por Marcos Pérez Jiménez.

Como impera un tipo de Anticomunismo en sentido amplio, las persecuciones, ilegalizaciones, encarcelamientos, destierros y muertes alcanzan tanto a marxistas del PCV como a populistas de AD. La carga fundamental de la resistencia contra la Dictadura recae sobre los hombres de AD y PCV, sin desconocer los aportes de URD, COPEI e independientes, y los de la clase obrera, grupos estudiantiles, capas militares y sectores campesinos.

En este contexto dictatorial, el Anticomunismo doctrinario de COPEI pasa a un segundo plano. Se impone una práctica oficial anticomunista, acentuada por los contextos internacionales del “macartismo”, la OEA, la “Declaración de Caracas” de 1954 y el posterior derrocamiento de la “Revolución Guatemalteca”, experiencia popular y antiimperialista donde convergían las tradiciones democráticas, indígenas y bolivarianas de Nuestra América.

e) De 1958 a 1969. El 23 de enero de 1958 constituye un hito en nuestro proceso político: el derrocamiento popular y unitario de una Dictadura. La unidad venezolana concebida en su más amplio sentido histórico, opera contra un régimen fundado no sólo en la alianza del capital petrolero y los grandes grupos económicos internos, sino en el prejuicio neopositivista relativo a la incapacidad e inmadurez del pueblo para el ejercicio de la ciudadanía. Pueblo, sindicatos, gremios, clero, partidos, universidades y ejército, en una práctica más unitaria que la del 18 de octubre de 1945, dan al traste con el autoritarismo y la corrupción, a nombre de una propuesta democratizadora y nacionalista.

Comienza entonces, un breve período de unidad y sueños populares. Fue ésta la hora menos anticomunista de nuestra “Historia de medio siglo” El centro de la convergencia descansaba en un objetivo concreto, capaz de convocar a casi todos los venezolanos: la definitiva im-

plantación de los derechos cíviles en un país largamente reprimido por caudillos, generales, mayordomos y dictadores. Nadie —o casi nadie— pensó entonces en estigmatizar ni eludir al comunismo ni a los comunistas, máxime cuando éstos, por lo demás, habían dado un sólido, evidente e innegable aporte a las luchas contra Pérez Jiménez.

Sin embargo, pronto resurge el Anticomunismo. ¿Resurge? ¿Es que, acaso éste había cesado totalmente? Aparte de la práctica anticomunista de la Dictadura, ¿no hubo siempre, en forma latente, una conciencia opuesta al socialismo revolucionario? A nadie escapa que, aun cuando entre diciembre de 1952 y enero de 1958 lo prioritario fue enfrentar al régimen perezjimenista, ninguno de los partidos burgueses de la resistencia (AD, COPEI y URD) dejó de perfilar sus deslíndes frente al PCV, única organización que para entonces asumía el socialismo y el marxismo-leninismo. En estas condiciones, el "Pacto de Nueva York" acordado por Betancourt, Caldera y Villalba después del 23 de enero, contenía desde ya, elementos para la constitución de un bloque anticomunista, reafirmado luego, bajo formalidades demoburguesas, en el "Pacto de Punto Fijo".

Esta línea ideopolítica, encubierta durante casi todo el año 58, toma cuerpo en forma pública, el mismo día en que Betancourt asume la Presidencia de la República, el 13 de marzo de 1959. Del modo más desembozado e intransigente, afirma:

"... De ese Pacto [de Punto Fijo] fue excluido el Partido Comunista" ... porque durante ... "mi campaña electoral fui explícito en el sentido de que no consultaría [a dicho Partido] para la integración del Gobierno" ... , lo cual se fundamenta ... "en el hecho de que la filosofía comunista no se compagina con la estructura democrática del Estado venezolano" ... 12.

Ni Gómez, ni López Contreras, ni Pérez Jiménez habían suscrito una declaración tan virulenta. Desde luego, no fue una iniciativa de su exclusiva responsabilidad, sino el fruto de explícitos o tácitos consentimientos con sus socios puntofijistas y sus aliados internacionales. El planteamiento de Betancourt es la síntesis de un acuerdo a tres manos, o mejor, a cuatro: las de AD, las de los dos partidos convergentes (COPEI y URD), las de los monopolios extranjeros (Léase: Imperialismo), y las de Fedecámaras, trinchera de la gran burguesía interna que había incrementado su fuerza durante la década dictatorial.

12 "Betancourt anunció política de austeridad y revisión del Tratado con Estados Unidos". *El Nacional*. Caracas, 14 de febrero de 1959, tercer cuerpo, p. 35.

Diversos factores contribuyen al aglutinamiento del Anticomunismo durante estos años. El triunfo de la Revolución Cubana y su posterior solidaridad con diversos movimientos populares y subversivos de Nueva América, la primera división de AD (surgimiento del MIR), la política antipopular implementada por Betancourt ante la crisis fiscal de 1960-1961, la creciente radicalización de las protestas populares-estudiantiles contra el desempleo e inmovilismo administrativo, el papel crítico-agitativo cumplido por sectores universitarios en la UCV y ULA (y en centros de divulgación ideológica como la Universidad Popular "Ezequiel Zamora" de Caracas), la frustración del pueblo y, sobre todo, de grupos juveniles para quienes el 23 de enero se va convirtiendo en un nuevo sueño traicionado por el populismo demagógico y el demócratismo hipócrita; todo confluye para que el arrojo machista-caudillesco de unos, la honestidad revolucionaria de otros, y el subjetivismo vanguardista, pequenoburgués, cortoplacista, exhibicionista, oportunista e inmediatista de otros, asumieran el combate guerrillero en nuestro país. Buena parte de la década del 60 sirve de marco a la lucha armada como vía hacia el socialismo. Es la primera acción de este tipo en toda la Historia venezolana; va más allá de los viejos moldes: la prensa, el parlamento, las huelgas, las manifestaciones, los mítines, los folletos, los foros y el sufragio. Va más allá: estrena un exigente escenario (las montañas), y retoma un conocido mecanismo (la clandestinidad).

Esta situación nueva ("nueva" porque ya no es una guerrilla de los caudillos *liberales* sino de los comandantes *socialistas*); pone en emergencia al Estado burgués, y permite a Betancourt —sin excusas ni cortapisas— desarrollar una táctica de vehemente contenido anticomunista y represivo. En torno suyo van nucleándose los socios puntofijistas 13, las Fuerzas Armadas, la Iglesia Católica, las Compañías petroleras, sectores profesionales, capas medias, la CTV 14 y la gran burguesía (Fedecámaras), asociada a la Banca Internacional. Todo este bloque de poder utiliza las armas, los petrodólares y los "mass-media" para combatir —con la puntual ayuda norteamericana y de cubanos anticastri-

13 Pronto quedarán reducidos a dos: AD y COPEI (la "guanábana", según el humor popular). Por diversos motivos, URD se retira del Pacto en 1962.

14 La CTV se divide, dando origen a la CUTV (Confederación Unitaria de Trabajadores de Venezuela). En la CTV predomina el sindicalismo oficialista en franco colaboracionismo con Fedecámaras y los gobiernos de turno, particularmente los de procedencia adeca. En la actualidad, una parte de su dirigencia disiente de la política económica ("el paquete") del Gobierno Nacional. (Ver discurso de Juan José Delpino con motivo del Segundo Congreso Extraordinario cetevista, el 24 de abril de este año).

tas— al movimiento guerrillero, organizado en las FALN¹⁵. De esta manera, entra en escena otra modalidad de Anticomunismo, bajo el patrocinio de las armas.

Durante la referida década de los sesenta, surge pues, un deslinde categórico, excluyente e irrenunciable, nunca visto antes en el país. Por un lado, la propuesta del socialismo; por el otro, la respuesta del Anticomunismo. Rómulo Betancourt lideriza a esta última cuya expresión semántica cambia: de *anticomunista* a *anticastrista*¹⁶. Nunca antes habíamos asistido a una “división de aguas” entre un movimiento socialista armado y un bloque burgués —más armado aún— que procede expeditamente a “barrer” cualquier foco de “cimarrones” subversivos.

Para entonces —pragmática iniciativa norteamericana— surge la “Alianza para el Progreso”, con un objetivo de notorio oportunismo político: frenar las luchas latinoamericanas inspiradas en la experiencia revolucionaria de Cuba Socialista. La “ALPRO” es, por lo tanto, una forma internacional de Anticomunismo que muy pronto habrá de reducirse a un “paisaje” grotesco: superbloques y letrinas, en vez de la liberación integral de las familias pobres.

Por supuesto, Venezuela no escapa a este esquema donde concurren, también elementos internos: la precariedad de una Reforma Agraria mediatizada por la naciente burguesía agroindustrial de vocación monopólica, y la táctica betancourista de combinar —sin inhibiciones— la demagogia populista con la represión autoritaria. Demagogia, en cuanto a las manipulaciones de una “democracia popular” fundada en comicios quinquenales; y represión, respecto de su doble práctica dirigida a disolver violentamente huelgas y manifestaciones populares o estudiantiles en áreas urbanas, y ordenar operativos militares en zonas rurales donde habían focos guerrilleros. Las Universidades autónomas, sobre todo la UCV, son objetos de allanamientos policiales, cercos pre-supuestarios y descalificaciones tendenciosas, de manera muy particular, durante los gobiernos presididos por dos universitarios: Raúl Leoni y Rafael Caldera, este último, catedrático de larga trayectoria ucevista.

15 Existe una abundante literatura sobre este asunto, con predominio de los textos testimoniales. Entre otros recordamos los de Angela Zago y Rafael Elino Martínez, aparte de las compilaciones de Agustín Blanco Muñoz, y algunas tesis de grado universitario como la inacabada de Jorge Méndez y la recién iniciada por Luisa Rodríguez Marrufó para el Doctorado de Historia en la UCV, 1989.

16 El “anticastrismo” resume las luchas contra la Revolución Cubana, y por extensión, contra aquellos sectores que en Venezuela combatían por el cambio socialista. Es, por lo tanto, una nueva forma de Anticomunismo, pero más concreta, durante las décadas del 60 y del 70.

Un aspecto cualitativo corresponde al movimiento obrero sindical, dada su condición de factor estratégicamente revolucionario. Su trayectoria en este período es trágica y desconcertante. Además de dividido, la mayoría de sus componentes son objeto de mediatizaciones y desmovilizaciones bajo la responsabilidad manipuladora de la CTV, mediante mecanismos de dirigentes burocratizados del pacto bipartidista: Augusto Malavé Villalba, Francisco Olivo, Dagoberto González, Elio Aponte, José Vargas, José González Navarro y muchos otros. De esta manera, la mayoría del proletariado venezolano —igual que amplios sectores medios y populares— vive un apreciable lapso de pasividad, conformismo e indiferencia, convirtiéndose en invaluable sostén del sistema imperante, y por lo tanto, en factor clave del Anticomunismo bajo su versión “anticastrista”.

Los mecanismos represivos de los gobiernos durante esta década estuvieron en manos de la Digepol (hoy DISIP), el Sifa (hoy DIM), los TO (Teatros de operaciones antiguerrilleras), la Policía Metropolitana y el propio Ministerio de Relaciones Interiores. Las manipulaciones propagandistas e ideológicas fueron cumplidas, sobre todo, por las Radios y Televisoras del Estado e industria privada, mientras publicaciones de diverso tipo se ocuparon de advertir contra la amenaza de destabilizadora del extremismo castrocomunista, y a la vez, destacar la necesidad de fortalecer “el joven sistema democrático” que empezaba a perfilarse bajo el ordenamiento ideopolítico liberal-burgués de la Constitución de 1961.

Entre las publicaciones importantes, cabría retener un nombre: la revista *Política*, de orientación socialdemócrata, cuya obra ideológica divulgativa espera un estudio que valore su importancia como factor de concientización demoburguesa, a varios niveles, particularmente de profesionales y liderazgos medios. Su Anticomunismo está presente a lo largo de casi todos los números, de los cuales destacamos el 32, dedicado especialmente al gobierno de Betancourt, después de concluido su período en febrero de 1964. Eduardo Santos, Luis Alberto Sánchez, Robert J. Alexander, Diógenes de la Rosa y Mariano Picón Salas, entre otros, suscriben juicios favorables a la gestión betancourista, sin reservas de ningún tipo. Picón Salas, prominente intelectual de la época, es quien mejor sintetiza la carga contrarrevolucionaria de aquel quinquenio. En concreto, dice:

“...Todas las fuerzas antidemocráticas de la extrema derecha abusiva y dictatorial, y de la extrema izquierda del comunismo anárquico (el “Che” Guevara había sustituido a Lenin), se asociaron

contra Betancourt a fines de 1961. El supo ser el piloto de la más rabiosa tormenta” 17.

Efectivamente, Rómulo Betancourt fue el piloto de este Anticomunismo —y en rigor— del Anticastroismo. No estuvo solo. Acompañándole con firmeza, antes, durante y después de su gobierno, estuvieron Raúl Leoni, Rafael Caldera, Carlos Andrés Pérez, José Humberto Cardenal Quintero, EugenioMendoza, Diego Cisneros, Arturo Uslar Pietri, el Alto Mando Militar, Fedecámaras, las Petroleras, etc., etc., todos a nombre de una Democracia que todavía en 1968 intentaba re-presentar la honestidad y el bien públicos.

II. Período 1969 - 1989

Los últimos veinte años de nuestra vida política han transcurrido bajo el sello del reflujo popular revolucionario. La desmovilización del pueblo y el sectarismo de la Izquierda son los signos de este período. Las últimas modalidades de lucha caracterizadas por su vitalidad ideológica fueron la fallida Renovación Universitaria (1968-1970), los procesos (truncos) de autocrítica en sectores izquierdistas (“Todo está cuestionado internamente”, planteaban algunos documentos del MIR en 1970) y el Congreso Cultural de Cabimas (diciembre de 1971), de cuyo seno surgieron el “Comité contra la Dependencia y el Neocolonialismo”, la revista *S.C. Libre - Trimestre Ideológico*, y más tarde, el Fondo Editorial “Salvador de la Plaza”. Otras publicaciones de importancia crítica fueron *Revista de Revistas* y *Rocinante*. Junto a éstas también circulaban *Deslinde* y *Tribuna Popular*, ambas del PCV.

Después de estos esfuerzos, comienza un proceso de deterioro a nivel de casi toda la Izquierda. Hubo iniciativas importantes hacia 1973, como el “Frente Socialista Revolucionario”, el movimiento “Pro Voto Nulo” y la revista *Quincena*; sin embargo, el final de los años setenta y toda la década del ochenta se caracterizan por el incremento del sectarismo, la dispersión y el nacimiento de numerosas parcelas que han multiplicado las siglas inútiles en el débil escenario de las izquierdas criollas. La derrota del movimiento guerrillero y la brecha creciente surgida en el bloque del socialismo real (ruptura chino-soviética), contribuyeron a generar escépticas y derrotistas conductas en muchos sec-

17 Mariano PICON SALAS. “Betancourt”. *Política*. Ideas para una América Nueva. Revista mensual. Caracas, Nº 32, marzo de 1964, p. 36.

tores revolucionarios, a lo cual se sumaron las deserciones y traiciones de algunos “comandantes” cuyas conductas incidieron en la quiebra de muchas voluntades juveniles. La muerte de varios dirigentes cargados de honestidad y prestigio como Fabricio Ojeda, Argimiro Gabaldón, Víctor Soto Rojas, Alberto Lovera, y los posteriores asesinatos de Jorge Rodríguez, Jesús Márquez Finol y muchos otros, así como el fallecimiento de fundadores e intelectuales como Salvador de la Plaza, Humberto Cuenca, y más recientemente, Gustavo Machado, debilitaron el campo de una Izquierda en proceso de desunión suicida e indetenible.

Como lógica contrapartida, el Estado burgués logra superar sus dificultades inmediatas, ratifica su Anticomunismo, recibe cada vez mayor ayuda internacional financiera, militar e ideopolítica, y acumula los aportes del bipartidismo, la institucionalidad armada, la Iglesia y Fedecámaras, a la vez que cuenta con la quietud social adscrita a una clase media que incrementa su estructura orgánica, sus ingresos y sus patrones consumistas, y a una clase obrera desmovilizada por diversos motivos (que deberían estudiarse rigurosamente). Bajo tales condiciones sociopolíticas, se acentúa el perfil conservador de la sociedad civil venezolana en casi todos sus niveles, y con ello, el contenido anticomunista de su dinámica contemporánea. Entre el Estado y el Colectivo —salvo excepciones sectoriales minoritarias— hoy no existen contradicciones que puedan caracterizarse como antagonismos desestabilizadores a corto o mediano plazo.

En este contexto, el Anticomunismo y el Populismo difunden más profundamente su ideología dominante. Las “sociedades intermedias” mediatizadoras (CTV, mass-media, asociaciones vecinales reivindicativas, el Hipódromo, las Loterías, ciertas formas de “cultura popular” institucionalizada, sectores clericales, “Testigos de Jehová”, cuerpos de paz, la droga, etc.) cumplen sus metas desideologizantes contra la conciencia clasista del pueblo trabajador. Y los aparatos represivos, al ejercer violencias, amedrentan a las masas, destruyendo algunas de sus instancias organizativas y de dirección social, cultural, ecológica, deportiva, sindical, religiosa y política. Todo esto se acentúa ahora, después del 27 de febrero del presente año.

Pero volvamos al plano de las Izquierdas durante los inicios de la Década de los Setenta. Entonces, predominan el reflujo, el divisionismo, los dogmas y las prepotencias oportunistas. En tales circunstancias, ellas intentan adelantar —a medias— una polémica, pero ésta resulta más subjetiva que teórica, ayuna de madurez, confraternidad y autocrítica. Todos se endilgan epítetos descalificadores, ofensivos e intolerantes.

Las adjetivaciones abundan: ultrosos, revisionistas, traidores, esclerosados, conciliadores, aventureros, etc. Continúan las divisiones y el debilitamiento. De su balance nos quedan elementos positivos y negativos: de un lado, teóricos, organizadores y mártires; de otro, renegados, derrotistas y tránsfugas. Los primeros, retomando las luchas; los segundos, entierran el pasado, huyendo de él como de una peste.

Parte de ese mundo complejo y contradictorio de las izquierdas, nure hoy al triunfante Anticomunismo bipartidista. Renegados y trepadores han emprendido una marcha todavía inconclusa, hacia las antepasadas del enemigo. Varios comandantes del 60 son los asesores del 80. De jefes revolucionarios han devenido en jefes de protocolos. El Anticomunismo es, ahora, su práctica cotidiana.

Con todo, el deslinde entre Comunismo y Anticomunismo sigue operando en términos precisos y notorios. Sin embargo, al comparar los años 1959 y 1989, surge una diferencia: hoy, el campo socialista venezolano se ha reducido en términos dramáticos. Se ha reducido y se ha atomizado. Las divisiones afectan su dinámica; los caudillismos bloquean su relevo generacional; las burocracias mediatizan el reciclaje de su dirigencia. ¿Dónde está, entonces, el camino? ¿Cuál puede ser la clave, y cuál el código para redefinir las nuevas tácticas?

Por lo demás, las confusiones campean. Aunque parezca irreverente, aunque luzca inmaduro e impaciente —todo, menos provocador o claudicante— confesamos nuestras dudas respecto de la siguiente pregunta: ¿Quién es, hoy, el comunista y quién el anticomunista? Desde luego, no nos referimos a la burguesía y su Estado de clase; tampoco, a los tránsfugas y renegados del socialismo, sino a nosotros mismos, es decir, a los socialistas que nos hallamos ahora mismo atrincherados en parcelas y siglas inútiles, sin avanzar en el seno del pueblo. ¿Siglas inútiles? Tal vez, no; pero casi intrascendentes, si cuantificamos las actuales exigencias que retan al débil movimiento revolucionario venezolano. Expliquemos: más allá del Anticomunismo oficial asumido por el Estado; más allá del Anticomunismo, estricto o lato, ejercido por amplios sectores e instituciones burguesas; y más allá del Anticomunismo neorevisionista de reciente data, parece necesario referirse también a lo que, quizás, podría constituir una forma anómala de Anticomunismo, surgido paradójicamente del seno contradictorio de los revolucionarios. El divisionismo, el dogmatismo, la falta o debilidad de vínculos recíprocos con las bases, el anquilosamiento burocrático, la unilateral actitud antipartido, la sacralización del espontaneísmo, la desviación caudillista, el oportunismo inmediatista, la conservadora tendencia a no repensar críticamente las tácticas, la excesiva adscripción a la legalidad y al parlamenta-

rismo demoburgueses, todo esto —y más— podría convertirse en lo que algunos llaman “el Anticomunismo de los comunistas” 18.

¿Qué significa esto? ¿Existe realmente un tipo de Anticomunismo practicado por los propios marxistas? Cuando un revolucionario se desvincula de la clase obrera y del pueblo, ¿contribuye al proceso transformador o fortalece la dominación burguesa? Iguales preguntas caben cuando se atrincheira en extremos excluyentes de carácter partidista o antipartidista, cuando sus análisis no abordan la realidad con método científico, o cuando sus prácticas concretas no implican el cuestionamiento y la denuncia del poder burgués en sus cotidianidades. Tales interrogantes tal vez constituyan un falso problema o un problema mal planteado; sin embargo, pueden ser válidas en la medida que algunas conductas conciliadoras, pasivas o indiferentes corran el riesgo de convertirse en factores que, bajo ciertas condiciones, prolonguen los mecanismos de explotación, subordinación y desmovilización populares. En consecuencia, urge conocer hasta qué punto las incoherencias, divisiones, sectarismos y dogmatismos inherentes a grupos laborales, movimientos sociales, partidos políticos e individualidades revolucionarias configuran tipos de conducta anticomunista cuando retrasan, desestiman o desorientan las luchas del pueblo contribuyendo a prolongar el sistema vigente.

Por supuesto, es indispensable advertir que los errores, derrotas y reflujos del movimiento revolucionario venezolano en las últimas décadas no tipifican modalidades anticomunistas *per se*. Más bien configuran situaciones aleccionadoras, surgidas de tácticas propuestas a plena conciencia después de debates concretos, pero que eventualmente fallaron. En tales circunstancias no es correcto descalificar a sus protagonistas acusándolos de favorecer al enemigo o retrasar el triunfo del socialismo.

18 En la Escuela de Historia de la UCV tuvimos la oportunidad de dirigir en 1987 un Seminario sobre “El Anticomunismo en Venezuela”. Durante su desarrollo hubo interesantes debates sobre las diversas formas y causas de este asunto, discutiéndose la posibilidad de caracterizar un singular tipo de Anticomunismo: el de los propios comunistas (entendiendo por tales no sólo a los miembros y dirigentes del PCV, sino los de otras organizaciones socialistas, culturales, vecinales, etc., así como individualidades independientes que asumen el materialismo histórico y se involucran en las diversas formas de cuestionamiento y luchas revolucionarias). En dicho Seminario participaron Rafael Viamonte, Bruno Gallo, Luis Mendoaz, Omar Roa, Andrés Eloy Leal, Carlos Leal, Leonel Lucena, Solange Orta, Teresa Pinto y otros.

De todas maneras, durante este período (1969-1989), cobran mayores niveles de desarrollo casi todas las formas del Anticomunismo en Venezuela. Ello evidencia el predominio de una conciencia social burguesa, extendida militantemente hacia sectores no burgueses de la población nacional, y constituye además, el correlato superestructural de una sociedad capitalista cuyas bases materiales, aunque sometidas a relaciones de dependencia, acaban de concluir un notorio ciclo de crecimiento económico y demográfico, concentración de riquezas y fortalecimiento de relaciones de producción inherentes al sistema en referencia. Una estructura como ésta no puede corresponderse sino con contenidos ideológicos propios de la burguesía fortalecida que ve en el comunismo una amenaza para su estabilidad, reproducción y vigencia sociohistórica. El Anticomunismo en auge forma parte, pues, de las expresiones ideológicas correspondientes a esta formación económica-social que habiendo alcanzado inéditos niveles de modernización y auge monetario bajo condicionamientos capitalistas, aspira a mantenerlos o incrementarlos.

Abstracción hecha de su endeudamiento externo, Venezuela ha crecido como país donde predomina el capitalismo. En consecuencia, la gran burguesía interna, las capas medias mercantiles, profesionales y de servicios —hoy parcialmente afectadas por algunas disposiciones monetaristas del Plan o “paquete” económico—, los inmigrantes enriquecidos en actividades de diversa tipología —parte de los cuales ya había empezado a abandonar esta tierra antes del 27 de febrero—, la alta burocracia estatal, militar, empresaria y eclesiástica —esta última se atreve, sin embargo, a consignar denuncias éticosociales en documentos como el de la Conferencia Episcopal del 11-4-89—, los tecnócratas, los especialistas e intelectuales renegados del marxismo, los *mass-media*, todos conforman un bloque social dominante cuyos intereses derivan de negociaciones capitalistas, y se articulan entre sí, como resumen de una minoría heterogénea que concentra el poder, la riqueza y la cultura 19.

19 Diversos sociólogos, economistas y políticos han investigado este problema. Cabe recordar el “Proyecto Venezuela” dirigido por el médico Dr. Hernán Méndez Castellanos, cuyo libro más reciente aporta datos al respecto: *Aproximación a la salud de la Venezuela del siglo XXI*, Caracas, Cuadernos Lagoven, 1985, p. 93.

En reciente documento de la Iglesia Católica se afirma que en los últimos meses “...se está produciendo un mayor grado de pobreza y miseria, mientras el Estado y los grandes capitalistas se van haciendo más ricos y poderosos”. (“El pecado de ser rico uijzgado por la Iglesia”, *Elite*. Caracas, 25 de abril de 1989, N° 3.306, p. 13).

Esto ocurre en una sociedad cuya vida económica opera bajo mecanismos estructurales que permiten “la acumulación delictiva de capitales” 20, y donde la “pobreza crítica” afecta a casi el 50% de los venezolanos e inmigrantes pobres 21. En este marco concreto ¿Cuál otra, sino la del Anticomunismo, podría ser la ideología principal de quienes dominan?

Ciertamente, semejante concentración de riquezas y privilegios fortalece las motivaciones anticomunistas de la conciencia burguesa que a su vez mediatiza a muchos sectores nacionales. A ello se unen algunos diversionismos culturales de procedencia extranjera (metropolitana), el condicionamiento subordinante de monopolios transnacionales, la difusión de modelos consumistas, las manipulaciones desinformativas con respecto a las experiencias del “socialismo real”, todo dirigido a la interiorización de prejuicios e inculcación de estereotipos, para reforzar y extender la conciencia social conservadora que hoy rige en el país contra el comunismo, entendido en su más amplio concepto: como ejercicio del pensamiento creativo y crítico.

En contextos de este tipo, y ante situaciones “nuevas” constituidas por la crisis —apenas en sus inicios—, el endeudamiento, la corrupción, el “paquete” económico y las implicaciones de la “explosión” social del 27 de febrero —cobran mayor vigencia tanto los factores represivos como las corrientes reformistas neoliberales cuyos teóricos plantean “reajustes” en las esferas del Estado, la Moral y la Economía, a objeto de evitar deterioros institucionales y peligros desestabilizadores. La COPRE se inscribe, ahora con mayor urgencia, en esta opción concreta. Su propósito es corregir para preservar; por lo tanto, sus proyectos son estratégicamente contrarrevolucionarios, o sea, anticomunistas. Un conjunto de reformas políticas, jurídicas, socioeconómicas, electorales, etc., introducirán correctivos indispensables para la modernización y descentralización de la República, procurando la eficacia de las instituciones y la continuidad del conjunto social.

20 Federico BRITO FIGUEROA. *A propósito de las clases sociales en Venezuela*. Caracas, Universidad Santa María, 1986, p. 87.

21 Entre otros, cabe releer los trabajos de Michel Chossudovsky, Hernán Méndez Castellanos, U.S. Releberg, Vanessa Cartaya y Haydée García. De estas últimas, recordamos el libro: *Infancia y Pobreza*. Los efectos de la recesión en Venezuela. Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1988, p. 152.

El neoliberalismo acompañará, en cierta medida, estos proyectos para asegurar la redimensión restringida del Estado a favor de las "libertades" económicas. Por su parte, el capitalismo burgués aportará elementos para canalizar —manipulándolas— las nuevas fuerzas sociales expresadas en movimientos vecinales y juntas de barrios. El militarismo exigirá mayor presencia operativa y política en función de lo expedito y autoritario. El "fomentismo" social —paternalista diseñará propuesta para la pantomima autogestionaria que pretende mediatizar la protesta de los marginales. El sindicalismo oficialista intentará hacer lo mismo en el seno de la clase obrera. El vedettismo diversionista e ingenioso de poetas, actores y besamanos servirá para distraer, desde la gran prensa o la pantalla chica, la cotidianidad de los preteridos y la vehemencia de los bochincheros. El academicismo "pluralista" contribuirá con su último descubrimiento acerca de la "inoperancia reduccionista de la dialéctica". Y el criticismo olímpico de los contestarios descalificará —ése sería su aporte— a la "manida izquierda" (mientras ellos celebran sus coincidencias con la cultura oficial: institucionalizada, exquisita e irrenunciable).

Tal es el cuadro que en la presente coyuntura puede seguir refiriéndose al Anticomunismo contemporáneo venezolano. Tal es la perspectiva a corto plazo. Si semejantes tendencias llegan a dominar sustancialmente nuestro proceso, entonces la década de los años noventa podría conducirnos hacia el año 2.000 con la estabilización renovada de una Venezuela más capitalista, más dependiente y más autoritaria²², aun que tal vez bajo el espejismo de "nuevos niveles participativos" para una sociedad civil que en la mayoría de sus capas desecha los "riesgos desestabilizadores" del socialismo y asume la reposada vía de lo evolutivo, sin sobresaltos, aventuras ni desbordamientos. La ideología del "equilibrio" reforzaría la desmovilización ideopolítica de importantes sectores del pueblo, no obstante los desarrollos crítico-organizativos o espontáneos de la disidencia social que opera contra el sistema desde algunos niveles populares, culturales, religiosos, ecológicos, educativos, intelectuales y de solidaridad, todavía dispersos y minoritarios.

En este brevísimo recorrido de medio siglo, el Anticomunismo arroja un balance favorable a los dominadores. En buena medida, la contemporaneidad nacional se nutre de sus ideologizaciones e iniciativas, sobre todo porque el Estado venezolano las ha asumido oficialmente como elementos claves de su propia política, y además, porque la ya referida sociedad civil —más allá de los intereses específicos de la bur-

²² Sin subestimar las reformas de la COPRE, la democracia venezolana puede hacerse más autoritaria desde 1990 en adelante.

guesía dominante— ha interiorizado sus prejuicios. La conciencia del pueblo se encuentra, por lo tanto, mayoritariamente influida por una ideología cultivada e impuesta: la ideología del Anticomunismo.

La Historiografía venezolana tiene en esta temática un campo investigativo de especial relevancia. El estudio de las motivaciones, objetivos, condicionamientos y modalidades prácticas del Anticomunismo durante los últimos cincuenta años puede aportarnos una de las claves para entender la conducta política conservadora de casi todo el pueblo venezolano. Un pueblo que, no obstante la realidad objetiva de sus crisis, frustraciones y pobreza, oscila casi siempre entre la reivindicación socioeconómica y la reforma evolutiva, obviando por lo general, las opciones radicales o socialistas, aun en sus horas estelares y polémicas —como las del 23 de enero y 27 de febrero— cuando ha desbordado su esencial pero reprimida y peor dirigida capacidad de movilización, protesta y búsquedas.

Semejante cuadro de alienación ideopolítica puede ofrecer una idea bien aproximada del reto teórico-organizativo que hoy representa cualquier esfuerzo para desmontar el andamiaje del Anticomunismo. La Historiografía puede contribuir a ello.